



URDANETA

Y LA

CONQUISTA DE FILIPINAS⁽¹⁾

Refiriendo el autor de las Buenas andanzas é fortunas Lope Garcia de Salazar, cómo sus ascendientes vinieron desde las montañas de Castilla á establecerse no lejos del Cantábrico y á fundar allí prosapia que figuró no poco en la historia luctuosa de los bandos que ensangrentaron el suelo de Bizcaya al declinar los tiempos medios, declara con la ingenuidad y lisura que le son propias, que se vieron obligados á ello porque se hacía necesario buscar en el mar «conducho para amatar la gana del comer.»

La tierra era muy dura, muy ingrata, no respondía á los afanes de quienes querían arrancarla lo preciso para el sustento de los suyos. Para quien tuviese valor bastante y el ánimo hecho á afrontar sin ti-

(1) El presente trabajo es el Prólogo que ha de figurar al frente de la obra que, con el mismo título, es autor el ilustre agustino Padre Fermín de Uncilla, la cual será editada por la Excelentísima Diputación de Guipúzcoa.

biezas de la voluntad la furia de los elementos desencadenados, el mar estaba allí, batiendo sin cesar las costas del Labourd, de Guipuzcoa y de Bizcaya, y ejerciendo sobre más de un espíritu aventurero, aguijoneado por la necesidad, aquella seducción misteriosa de que fué víctima el pescador de la balada de Goethe.

Se sabía que la tierra era improductiva ó poco menos. Bosques espesos cubrían una extensa parte del territorio bascongado, y las vegas alubiales, hoy esmeradamente cultivadas, no eran todavía mas que ciénaga infecta, en que parecía que no se había verificado una de las operaciones de la Creación: la separación de la tierra y de las aguas.

El mar tragaba á muchos que se decidían á surcarle; pero los que volvían con vida de las expediciones náuticas traían noticias de países lejanos y de lugares que se diferenciaban totalmente de los que estaban acostumbrados á ver, y esa novedad no dejaba de ser tentadora para aquellos que reputaban magnífico lo desconocido. *Omne ignotum pro magnifico est.*

En unos esta sed de aventuras, este afán de lo peregrino, que por extraño que parezca, tiene raíces muy hondas en el alma basca, y en otros, la necesidad apremiante, las exigencias imperiosas de su organismo que reclamaban aquel «conducho» que hacía falta «para amatar la gana del comer», fueron los móviles que determinaron á multitud de euskaldunas á lanzarse á través del Océano y á emprender desde tiempos ya remotos arriesgadas expediciones náuticas que hoy ponen pavor en el ánimo que se detiene á recordarlas.

Fuese por el ansia de lo desconocido, fuese por las duras é inexorables leyes de la necesidad que no admitía espera, fuese por ambas cosas á la vez, lo cierto es que la raza euskara fué produciendo multitud de marinos que osaron arribar á costas azotadas por la tempestad y no visitadas todavía por los moradores de esta parte de Europa. Muchas de sus hazañas quedaron envueltas en el silencio y la obscuridad más impenetrable, sin que las cantara ningún poeta, ni las consignase ningún cronista. Pero sólo aquellas cuya memoria se ha conservado á través de los tiempos, bastan para justificar las frases de admiración y de asombro que se escapan á los historiadores cuando ponderan en términos verdaderamente significativos, la pericia de las gentes nacidas en Bizcaya y en Guipúzcoa para las empresas marítimas. «Los que moraban en el condado de Bizcaya y en la provincia de Guipúzcoa —decía Antonio de Nebrija en su Crónica de los Reyes Cáticos— son gente sabia en

el arte de navegar y esforzados en las batallas marítimas, y tienen naves y aparejos para ello, y en estas tres cosas eran más instructores que ninguna otra nación del mundo.» Y Pedro de Medina, en sus Grandezas de España, no tiene reparo en declarar, haciendo coro á Nebrija, que «las gentes de Bizcaya y Guipúzcoa son muy prestas y belicosas, Son la mejor del mundo pard sobre mar.»

De larga fecha venían familiarizándose aquellas gentes con el líquido elemento y atreviéndose á surcarle en todas direcciones. La persecución de la ballena, en cuya captura se distinguieron á par de los primeros, los llevó hasta los mares árticos, y los puso en relación con los habitantes de la Península Escandinava, y aún con los que vivían entre los hielos de la Islandia, de aquella postrera y misteriosa Thule de que habló Séneca. Exploraron las costas del mar Báltico, buscaron al bacalao en los bancos de Serranova, lucharon con el poder naval de los ingleses, establecieron grandes factorías en Brujas, y hasta penetraron en los últimos senos del Mar Negro, y llegaron á tener en Azof depósitos comerciales de importancia antes de finalizar el siglo XIV (1).

Ejercicio tan continuo y tan arriesgado de las condiciones marineras de toda una raza, no podía menos de constituir un aprendizaje colectivo y heróico, que de día en día capacitaba á aquellos hombres para la realización de las más peligrosas expediciones náuticas. La experiencia de cada cual se sumaba á las lecciones recibidas de los antepasados, y la práctica se encargaba de acrecentar el caudal de los conocimientos que se hacían precisos para aventurarse en medio de las olas. La fuerza acumulada por la tradición de tantas generaciones que vivieron sobre el Océano, empujaba cada vez con mayor imperio á los que abrían sus ojos á la luz en el rincón de mundo en que el pueblo basco tiene su morada, y para muchos de los cuales era el mar, no sólo palenque abierto á todas las proezas imaginables y á todos los arranques viriles de la voluntad, sino el ambiente necesario para el espíritu, el único en que se encontraban dueños de sí y como en su ser y centro propio. El hábito de contemplar desde la infancia el espectáculo maravilloso del mar, labraba en su alma huellas tan hondas, que la vida náutica llegaba á convertirse para ellos en una especie de segunda naturaleza. Si la raza euskara fué en su origen, según opinan algunos an-

(1) Lo afirma Karamsin en su Historia de Rusia.

tropólogos, raza que vivía de la agricultura y del pastoreo, y el nombre mismo que dió al Océano cuando se encontró por vez primera enfrente de sus dilatadas y procelosas llanuras, denota el terror que le causó la visión grandiosa, pero espantable que se ofrecía ante sus ojos (1); bien que cambió con el andar de los tiempos. El esfuerzo de todos los días y de todos los momentos la hizo domeñadora del mar, y la necesidad, dando una nueva dirección á la actividad de aquella gente, convirtió la Euskal-Erría en cuna y vivero de navegantes valerosos que sobresalieron entre los más arriesgados y heroicos que conmemora la Historia.

De estas indicaciones se desprende que fué obra de los siglos la aptitud singular de los euskaldunas para las empresas marítimas. Por eso mismo echó tan hondas raíces en el alma basca, y la dotó de una especie de instinto particularísimo que la ponía en condiciones de conocer, hasta donde fuese posible, los secretos de la navegación con los más que imperfectos elementos con que á la sazón se contaba. La falta de teorías científicas se suplía con las enseñanzas de la experiencia y el valor, y si se quiere, la temeridad heroica salvaba de más de un escollo peligroso á quien se aproximaba á él por ignorar la fuerza de las corrientes, á carecer de medios para fijar con precisión y exactitud la situación del buque.

Parece inútil encarecer el fruto que los espíritus agudos y observadores sacarían de estas lecciones de la práctica, para ir rectificando y corrigiendo con ellas los errores de la teoría, y perfeccionar paulatinamente el arte de guiar las naves. La influencia que estas correcciones menudas y estas rectificaciones de detalle han tenido en los grandes inventos científicos, es, á todas luces, indiscutible. Ninguno de estos inventos se ha producido por generación espontánea, sino cuando larga sucesión de avances logrados en el campo de la experimentación metódica y bien encaminada, lo ha hecho posible. Entonces surge un genio que aprovecha toda la labor de quienes han venido preparándole el camino, y remontándose á las alturas de la síntesis científica, y sintiendo dentro de sí aquella inspiración secreta, aquella especie de estremeci-

(1) D. Arturo Campión hace notar que en bascuence, iz es, á la vez, la radical de itsasoa, el mar, y de izua, izialdura, el terror. El admirable filólogo Hugo Schuchardt, profesor de la Universidad de Gratz, encuentra muy plausible la observación del docto escritor nabarro.

miento íntimo y misterioso que acompaña á todos los espíritus creadores en los instantes en que brota de su cerebro un nuevo rayo de luz que ha de esclarecer al mundo, proclama la verdad que su mente ha descubierto y que queda definitivamente conquistada para los por venir.

No sólo en la formación de los pueblos y en la constitución de las sociedades tiene capital importancia el elemento histórico, sino también en el desarrollo progresivo de las diferentes ramas del saber humano. Alejandro de Humboldt hizo notar á este propósito que los gérmenes de las verdades físicas más importantes se encuentran con frecuencia en los escritos españoles del siglo XVI. De igual suerte podemos afirmar que los azarosísimos viajes emprendidos por los bascos desde los primeros siglos de la Edad Media, contribuyeron indudablemente al avance de la ciencia náutica y á que de día en día fuese menos deficiente el conocimiento que se tenía de la superficie del globo. Entre la multitud de hechos que por vía más ó menos indirecta prepararon el descubrimiento del Nuevo Mundo, nunca deben olvidarse estos antecedentes humildes y oscuros, como no los olvidó el autor del *Cosmos* cuando trazó, en un libro imperecedero, los que pudiéramos llamar orígenes de la portentosa empresa de Cristóbal Colón.

El vuelo que con ella tomaron las artes que se relacionaban con la navegación, fué realmente extraordinario. Sucediéronse sin interrupción las expediciones que salieron para la América, recién descubierta, y se acrecentó considerablemente el número de pilotos y conductores de naves. Sólo de la tierra basca surgieron no pocos; algunos de ellos, como Juan Sebastián de Elcano, midieron con sus buques toda la redondez del planeta. No desmentían, en verdad, la tradición de su raza Y gente, sino que la mantenían gloriosa y la enaltecían con nuevas y nunca soñadas maravillas. Diríase que la semilla plantada por los anónimos y esforzados marineros que en remotas edades partieron de las costas bascongadas, empujados por la necesidad, y se lanzaron á través de las olas en busca de sustento, había llegado á convertirse en frondoso y corpulento árbol que producía copiosísimo fruto. Se veía palpablemente el resultado espléndido de la labor silenciosa, pero continuada, de tantos siglos. Se descubrían islas y continentes de feracidad fabulosa y de hermosura sin igual; se surcaban nuevos mares; se veían en el cielo estrellas que los antiguos no pudieron contemplar nunca. Había en las almas sed de lo grande. Sobre las ciencias que utilizaba la náuti-

ca, pasaba como un aliento de renovación. ¡Qué ocasión se presentaba á los espíritus activos, á las voluntades firmes y denodadas para la ejecución de hechos que inmortalizasen su nombre!

En aquellos días henchidos de prodigios en que no parece sino que la talla moral de la humanidad se había agigantado por extremo hasta el punto de convertir en realidad palpitante y viva lo que, por su singular grandeza, tenía todas las trazas de una fantástica leyenda, concebida por robusto ingenio, surge y se destaca la nobilísima figura de Andrés de Urdaneta, en quien vemos elevadas al más alto grado las dotes especiales que distinguen á la gente basca para las empresas marítimas.

No he de pararme á relatar su gloriosa vida. La hallará el lector, circunstanciada y minuciosa hasta donde cabe, en las páginas que siguen, escritas por quien consagró largos años y muy asiduas investigaciones al estudio cabal de aquel insigne guipuzcoano. Una persona dotada de talento sintético y generalizador y favorecido por el cielo con muy altas condiciones oratorias, mostraba su sentir íntimo de que hubiera sido preferible una biografía que, por los tonos calientes del estilo y por la fuerza de condensación, tuviese algo de himno ó de epopeya, algo, en suma, que fuera, aunque en prosa, una especie de efusión lírica entusiasta, de canto arrebatador y espléndido, inspirado por la memoria de Urdaneta y enderezado á perpetuar el recuerdo de sus grandes hazañas. Yo, respetando mucho el parecer de persona tan sólidamente instruída, opino, por el contrario, que no hay himno, ni efusión lírica, ni canto épico, vibrante y encendido, que basten á grabar en nuestro ánimo la gallarda figura del hijo inmortal de Villafranca con aquella precisión de rasgos, con aquella exactitud de dibujo, y aun con aquella justeza de color con que la graba una biografía documentada y crítica que sigue paso á paso el desarrollo de su vida y nos lo pone patente en páginas trazadas con escrupuloso respeto á la verdad y con temor saludable, y si se quiere nimio de no apartarse de ella ni aún en ápices y detalles de poca monta. Siempre tendré por expresión feliz de las ideas que debemos sustentar en tales materias, aquella pregunta de Menéndez Pelayo, cuando, ponderando el contenido poético de la historia y poniéndolo sobre las creaciones libres de la fantasía que pretenden sustituirlo, exclamaba para reforzar un texto de Manzoni: «¿Qué caballero ha producido el arte más perfecto que San Luis?»

El P. Uncilla es del mismo sentir que yo, y lo ha demostrado en el

libro á que las presentes líneas han de servir de prólogo. El docto religioso agustiniano sacrifica al amor de la verdad, todos los demás amores, por nobles que en sí sean. Su conciencia histórica, tan severa y tan escrupulosa, no le permite afirmar un hecho sino cuando testimonios fehacientes lo comprueban. Pone lo cierto como cierto, y lo dudoso como dudoso, sin dar á tradiciones sin base más fuerza de la que realmente deben tener á los ojos del historiador. Las rectificaciones que ha introducido en la vida de Urdaneta, son, á mi juicio, definitivas, comenzando por la que se refiere á la fecha de nacimiento del excelso guipuzcoano, que no es posible ya fijar en 1498, como venía haciéndose, sino en 1508, pues así se deduce de repetidas afirmaciones del propio interesado, muy discretamente examinadas por su puntual y excelente biógrafo. Tampoco cabe ya repetir la leyenda que concede á nuestro ilustre paisano una participación más ó menos activa en las campañas de Flandes y de Italia, á las cuales no asistió nunca, ni pudo asistir—como dice con frase feliz el p. Uncilla—sino le arrancaron de los brazos de su nodriza para iniciarle en los secretos de la guerra y fascinarle con la polvareda y el estruendo del combate.

Para la gloria de aquel guipuzcoano esclarecido, que dió tan solemnes pruebas de extraordinario temple de alma, no sólo en memorables expediciones marítimas, en que barcos frágiles y sin condiciones hubieron de sostener con frecuencia el empuje ciego y formidable de los elementos desencadenados, sino en las luchas con los portugueses para la posesión del Maluco, no hacen falta invenciones fabulosas, ni timbres forjados por la leyenda. Basta la realidad histórica, severamente inquirida, para que hayamos de considerarle como uno de los hijos más excelsos que en tiempo alguno haya producido el solar bascongado, como uno de los astros más esplendorosos que fulguran en los anales de nuestra tierra.

Uno de los más perfectos prosistas de que puede ufanarse la literatura castellana en su siglo de oro, el P. José de Sigüenza, prez de la Orden de San Jerónimo, atribuía á los bascongados un natural impetuoso, bueno para acometer animosamente cosas grandes (1). El lector que recorra con atención las páginas que siguen, verá si Urdaneta tenía ó no las cualidades características de su raza, y si le faltaba ó no aquella decisión de la voluntad que no sólo emprende, sino que lleva á feliz

(1) Véase en su Historia de la Orden de San Jerónimo los párrafos que dedica á Fray Martín de Vizcaya.

término las cosas más Arduas. Sus impulsos no eran ciegos é irreflexivos, sino conscientes y ordenados por una razón serena. No era de aquellos para quienes la vida carece de enseñanza, sino por el contrario, de los que saben aprovechar á maravilla las lecciones de la experiencia. En el libro abierto de la Naturaleza aprendió lo que otros no pudieron aprender en las escuelas de pilotaje y cosmografía, y sin hipóbole podemos afirmar que superó á todos sus contemporáneos en el arte de dirigir las naves, aunque tengamos por un tanto problemática aquella excelencia que generosamente le adjudica el cartujo Esteban de Salazar cuando da por hecho que «añadió aquel viento á la aguja que, con vocablo indiano, los marineros llaman huracán.» Aun descartando este descubrimiento, la capacidad científica de Urdaneta y su importancia en la historia de la náutica, queda bien demostrada con la serenidad de juicio con que puso de relieve cuán imaginarios eran los errores manifestados por los pilotos en lo que respectaba al viaje de vuelta desde el Archipiélago Filipino á Nueva España. Lejos de extremar las dificultades y de fantasear riesgos sin número, aseguraba que el empeño era llano y fácilmente realizable, como se dispusiese de buques adecuados para ello. El peligro, á su juicio, estaba en la falta de condiciones de los barcos y en la ignorancia de los que hubiesen de dirigirlos. Los hechos se encargaron de probar hasta qué punto eran razonables y justificadas sus afirmaciones, cuando con éxito felicísimo, y después de cuatro meses de navegación, llegó al puerto de la Natividad el día 3 de Octubre de 1565, y cumplió así las esperanzas que se habían puesto en él para la ejecución de la parte principal de aquella jornada, que era «saber la vuelta, pues la ida se sabe que se hace en breve tiempo» (1). Bien aconsejado estaba Felipe II cuando disponía que, sea cual fuese el buque que llevase á cabo este viaje de las Filipinas á Nueva España, no dejase de venir en él el egregio hijo de Villafranca.

No he de insistir en este particular, ni desflorar asuntos que estrin magistralmente tratados en el libro del P. Uncilla, uno de cuyos capítulos más interesantes y más nuevos, á mi ver, es justamente aquel en que se estudia la significación especial de Urdaneta como cosmógrafo y hombre de ciencia, y la influencia que alcanzó en el desenvolvimiento de la náutica. La originalidad de este capítulo nace, no de que el autor

(1) Palabras de Felipe II en carta al virrey D. Luis de Velasco.

se proponga decir cosas nuevas y peregrinas, pues es demasiado preciso para ello, sino de que este aspecto de la vida de nuestro ilustre paisano había pasado casi inadvertido á sus anteriores biógrafos, que se contentaron, cuando mucho, con cuatro frases vagas en alabanza de la pericia de Urdaneta, sin detenerse á examinar cuáles pudieron ser sus conocimientos cosmográficos, cómo logró adquirirlos y en que ocasiones y circunstancias los demostró. El P. Uncilla ha venido á suplir este vacío tan notable, y lo ha suplido con tanto mayor acierto cuanto no dice nada que no se funde en las declaraciones del propio personaje biografiado ó en el testimonio de sus contemporáneos, contestes todos en asignar al hijo de Villafranca los méritos que le son debidos en justicia.

Para los que no conozcan la historia de Guipúzcoa y no tengan en cuenta aquella tradición secular que empujaba á sus hijos en dirección al Océano, no deja de ser extraña esta competencia singularísima que demostró en las cosas que se relacionan con la náutica quien nació bastante apartado de la costa y no pudo apacentar su vista desde niño en la contemplación de los ilimitados horizontes del mar. Los que hayan recorrido, siquiera someramente los anales de nuestra Provincia, verán, en cambio que el caso de Urdaneta no constituye excepción, sino que es una de las manifestaciones más claras y más gloriosas de la aptitud de los guipuzcoanos para las empresas marítimas. De lo más mediterráneo de Guipúzcoa surgieron generales que, con no poco lustre, mandaron flotas descubridoras y visitaron costas lejanas, no señaladas todavía en mapa ninguno. Elgueta tuvo entre sus hijos marinos muy notables, y los tuvo Eibar, y los tuvo Azpeitia. Del mismo Villafranca salió un Martín Barrena, que formó parte de la memorable expedición de Magallanes. De Villarreal de Urrechua procedía Juan de Areizaga, y de Elgoibar Martín Iñiguez de Zarquizano, que figuraban con Elcano en la expedición Loaisa, ó sea, en la primera á que, mozo todavía, acude nuestro Urdaneta, que no obstante ser á la sazón un adolescente de diez y siete años, puso ya de resalto las cualidades de que había de dar tan gallarda prueba en el curso de sus días, y mereció que le distinguiese en su testamento el inmortal hijo de Guetaria, á quien cupo la gloria de trazar el primero con la estela de su buque un círculo alrededor del mundo. *Primus circumdedisti me.*

Pero Urdaneta no se contentó con ser un aventajado cosmógrafo, un marino de singular pericia que daba lecciones á los pilotos y corregía sus errores y deficiencias, un guerrero que, llegado el caso, peleaba

por el honor y la defensa del pabellón jurado con el denuedo extraordinario con que se batió en las Molucas con los portugueses, cuando los restos de la expedición Loaisa quedaron en aquellas famosas y codiciadas Islas de la Especería. Fué, además de eso, otras muchas cosas no menos difíciles, y demostró en todos sus actos un tino y una prudencia tales, que nos ponen de manifiesto lo reflexivo de su carácter, que no procedía por impulsos momentáneos, por movimientos súbitos y arrebatados del corazón, sino con aquella serenidad y madurez de juicio y aquella perseverancia á prueba de desmayos, que son la mejor garantía del éxito de las empresas. Así le vemos, sobre todo, en aquella inolvidable expedición que partió con Legazpi del puerto de la Natividad para el Archipiélago Filipino, y en la cual fué considerable y decisiva la influencia de Urdaneta, que doce años antes, ó sea, en 1552, se había refugiado en el Claustro, inscribiéndose en la benemérita falange que formaban los esclarecidos hijos de San Agustín. Yo no ponderaré la capital importancia de los servicios que prestó en aquella ocasión el ilustre guipuzcoano á quien este libro se dedica; dejaré que le enaltezca el mismo Legazpi, cuando dirigiéndose al Rey, afirma que «el venerable Padre Fray Andrés de Urdaneta es digno de gran mérito y crecida verdad por haber alumbrado, así en lo espiritual como en lo temporal, en todo lo que en este viaje se ha ofrecido, por no venir en él amada persona que nos diese lumbre, sino fué la suya.»

Tan encarecidos elogios, y tributados por tal hombre y en tales circunstancias, dicen y significan mucho más que todo cuanto nosotros pudiéramos aducir para ensalzar los méritos de Urdaneta. Hora era ya de que se consignasen en una biografía documentada y concreta, escrita con aquel espíritu crítico que es indispensable para que no se convierta en panegírico desahogado, y con aquel estudio de las fuentes que se hace preciso si nuestras fantasías no han de usurpar el puesto que corresponde á la severa musa de la Historia. El P. Uncilla ha sabido realizar esa labor cuya falta se venía sintiendo, y la ha realizado después de examinar á conciencia y por espacio de largos años cuanto se relaciona con el personaje biografiado. Agustino como Urdaneta, y bascongado como él, ha sabido el autor del presente libro refrenar sus amores y sus generosos entusiasmos cuando creía que podían estar en pugna con las exigencias ineludibles de la verdad. Nadie podrá ion razón suponerle atacado de aquella enfermedad de la admiración injustificada que Lord Macaulay señala en uno de sus deliciosos Ensayos, como propia de los

biógrafos y de los editores. Nunca se propone alabar á Urdaneta, sin que la grandeza de los hechos que refiere le fuerce á ello. La serenidad y templanza de su juicio se retrata en la ejemplar moderación de su estilo, discreto y oportuno siempre, adecuado á la austeridad de la narración histórica, sin desdeñar por eso aquellas modestas galas que tan admirablemente se alian con la verdad, y la realzan y la hacen seductora. La propiedad de la lengua, castiza y de pura cepa castellana, demuestra hasta qué punto puede el estudio bien encaminado y asiduo, llegar á penetrar los secretos de un idioma que no se aprendió á balbucir en el regazo materno. Quien lea con atención las páginas de este libro, notará en ellas que la figura de Urdaneta no sólo está vista, sino sentida. Este sentimiento, tanto más profundo cuanto menos aparatoso, es el que infunde vida á la interpretación de documentos antiguos y á la relación de hechos que resultarían enojosos, referidos por pluma menos diestra y elegante. El P. Uncilla es de los que conciben la historia como ciencia y como arte, y propenden á reforzar la severidad y acierto de las investigaciones, con el encanto del buen decir, que tan simpáticas hace las cosas menos artísticas y amenas. Los excelsos méritos de Urdaneta, que constituyen para mí una de las muestras más salientes de lo que puede la raza basca cuando se personifica en un alma digna de ostentar su representación en la historia, quedan de hoy más consignados en un libro que no está llamado á tener la efímera vida de las flores. Acaso no sea popular, aunque debiera serlo; pero aquellos que lo lean con atención, no lo olvidarán una vez leído, sino que lo incluirán en el número de aquellas obras escogidas que dejan en el alma como un perfume exquisito de salud moral y de grandeza. Siempre es confortante y alentadora la consideración de las grandes figuras que son ornamento de la humanidad. Y cuando esas figuras han sido gloria de nuestra patria, prez del suelo en que vinimos á la vida, entonces el entusiasmo que nos inspiran sus memorables hechos, sube de punto y nos sentimos agitados por una especie de noble orgullo cuando los recordamos, cual si alguna parte de ellos nos correspondiese como hijos de la misma tierra que produjo varones tan esclarecidos. Con esos sentimientos de íntima alegría he conmemorado siempre los méritos singulares de Fray Andrés de Urdaneta, y esos sentimientos son los que han movido mi pluma al trazar el presente Prólogo, escrito con tanta mayor satisfacción cuanto es más cordial y cariñosa la amistad que me liga con el docto agustino á quien se debe este excelente estudio bio-

gráfico. Nació nuestra amistad al calor del entusiasmo que á ambos nos inspiraba la radiante memoria que hoy se trata de glorificar: esa misma memoria, tan pura, tan excelsa, hace que así como van unidas nuestras almas siempre que se procura enaltecería, así también vayan unidos nuestros nombres en una obra que tiene por objeto transmitir á los venideros el recuerdo de la admiración con que las generaciones guipuzcoanas de principios del siglo XX evocan las proezas de Urdaneta, dignas ciertamente de ser perpetuadas, como lo han sido, en mármoles y bronces.

CARMELO DE ECHEGARAY

